

rán. No tornarán los genios de Oberon á levantar sus hachas de mango de nácar perfumadas de áloe. Debemos creerlo; hay derecho á esperarlo. Siquiera por honor de la especie.

LA MÚSICA DEL ASILO

¿Cómo fué? Vaya usted á saberlo. Ello es que el tablado no tenía bien equilibrados los soportes, que se torció y vino á dar en la madre tierra con ruidoso y espantable fracaso. Y fué de ver aquel derrumbamiento de maderos, tablas, instrumentos de música y seres vivos cayendo en confuso desorden, ni más ni menos que los réprobos de la puerta del infierno de la catedral leonesa. Era aquello un desplome fantástico como un intercolumnio de Giacomelli, grotesco como un friso románico; los vecinos de Chamberí tuvieron ocasión de presenciar un número no incluido en el programa de los festejos verbenescos; una caída miltoniana, aderezada con ayes lastimeros y estruendosas roturas de parche.

Y, por fin, no hubo que lamentar sino varias torceduras de figle y abolladuras de fagot. La sangre no mostró sus encendidos

coágulos. Todo quedó en un susto, un susto colosal, eso sí, lo que se llama *á toda orquesta*. Poco después, los organillos de manubrio repetían su duro y vibrante martilleo, y en los enarenados rectángulos, cercados de deslucida hojarasca, proseguía la juventud trasnochadora su acompasado y rítmico balanceo.

Los infelices músicos asilados quedaron satisfechos de verse salvos á tan poca costa. Saben sufrir y resignarse. Ellos, cuando el sol cae á plomo sobre la calcinada meseta del toril, saben recibirle en sus tiernas espaldas como una clámide de fuego, y mientras la muchedumbre aplaude al matador que se gallardea con aire de triunfo, ellos hinchan sus encendidos carrillos y soplan con furor para arrancar al ingrato instrumento notas que recuerden heroísmos y glorias, majezas y arrestos escultóricos. Ellos, en las noches de invierno, cuando el Guadarrama envía á las callejuelas desiertas su aliento fatal y homicida, salen á resistirlo á pie firme para festejar con acordes patrióticos al flamante tendero de comestibles ó al rudo montañés que inaugura su tasca. El cierzo penetra en sus costados como un afilado estilete; mas la cadencia sigue, la armonía no se turba un instante. Por fin han acabado y sonríen: como los

héroes de las Termópilas, han cumplido con su deber.

Otras veces caminan en medio de la procesión cívica ó la bulliciosa Minerva. El cielo ha destrenzado sus torrentes, y el agua cae sobre sus cabecitas rapadas y cala sus andrajos botoneados de oro. Por ello, no detiene el clarinete sus primorosos y aflautados arpegios, ni el saxofón sus graves y metálicos acordes. La marcha fúnebre sigue reposada y solemne y convida á piadoso recogimiento, fraseando acaso la melancólica salmodia que anuncia la cercana muerte de alguna de aquellas víctimas del regocijo ajeno.

Pero la gente se divierte, eso sí, y jamás pregunta quién es aquel chicuelo anémico que estrecha el cornetín ó el fiscorno como se estrecha contra el torax anhelante á un compañero de desventuras é infortunios. Él no ha tenido padres ni protectores. Acaso en noches interminables de desvelo ha soñado con una señora muy bella, muy cariñosa y muy triste que venía á sellar su frente febril con un maternal beso. Era sólo una sombra; el claustro permanecía solitario como de costumbre; el dormitorio silencioso, alumbrado por la claridad mortecina y llameante de una luz que se extinguía en chisporroteos. A través de los vi-

drios, adivinaba el patio enlosado, solitario también, con sus uniformes arcadas, sus amarillentos arbustos, su reloj sin agujas y su fuente sin surtidor. El niño se enjugaba los párpados y hundía su frente otra vez en la almohada. Sí, era solo una sombra: la madre no vendría jamás.

Después, ya de día, llegaba la penosa lección, estudiando las mismas fermatas, ejecutando iguales mordentes. Preparábase, por fin, el conjunto, y, en medio de aquel círculo de huérfanos cariacontecidos, destinados á solazar á seres dichosos, el profesor explicaba el asunto del *adagio* ó la motivación del *andante*, á ejemplo de Meugi, cuando quiere explicar todos los compases de Mozart ó Mendelssohn. Era un mancebo gentil y gallardo que, cabalgando en un nítido cisne, se deslizaba sobre el cristal del lago, á la cándida luz de la luna, en busca de un alcázar de jaspero y venturina, en donde le esperaba una radiante y seductora princesa, ó bien un arrogante y poderoso monarca, que reposaba en sus umbrías florestas, cercado de gorjeos y anestesiado por sensuales perfumes. Entonces era cuando el niño aspiraba á pleno pulmón la idealidad que brotaba de aquellos ensueños, entornaba los párpados y prestaba un seductor matiz á aquellas notas desgranadas al viento como

sarta de perlas. Parecían sonarle primero allí adentro, muy adentro, en su corazón de adolescente y volvían después á sus oídos como ecos de otro mundo lejano, en que jamás hubo vivido y en que nunca podría vivir.

Y todos miramos á ese niño con indiferencia, contemplamos con frialdad á ese organismo fuerte que ha sabido triunfar de la herencia del vicio, de la miseria fisiológica, del medio hostil, de la maldad é incuria de los hombres. Le vemos impasibles tostarse al sol de la canícula, ó congelarse al huracán de la sierra, ó sepultarse bajo el inseguro tablado.

Ese niño es la espuma de nuestras depravaciones, el fruto miserable de nuestra crápula. Le condenamos al abandono, á la soledad, á la tristeza perdurable. Ahora, que nos divierta.

Y si muere, el jefe de la orquesta dice sencillamente al director del asilo: «Necesito otro cornetín.»

Y aparece otro cornetín, á sufrir solanas, escarchas y cierzos, á soñar con el caballero del cisne, á sollozar, en el dormitorio medroso y frío, al intermitente reflejo de la luz que chisporrotea...

TRAGICOMEDIA

Anselmo.—¡Otro niño martirizado! ¡A ver, venga una pluma!

Fabricio.—¡Qué! ¿Ya tornas á tus andanzas de hidalgo aventurero?

Anselmo.—Torno á lo que debo tornar. ¡He pedido una pluma!

Fabricio.—En verdad que martirizar á los niños es cosa de salvajes. Pero, ¿qué hacerle? La vida ni se produce ni se termina con actos de cultura, ni aquí ni en la costa de Marfil ó de la Patagonia.

Anselmo.—¡Miserables! ¡Canallas indignos!

Fabricio.—¡Por Dios! Procura descalzar el coturno. No *se lleva* hace tiempo.

Anselmo.—¿Qué calzar, pues? ¿El zueco, cuando los niños sufren, cuando el hombre niega la especie, cuando la mujer abomina de su primer instinto y se desoye la voz de Dios?

Fabricio.—¡Siempre la indignación cólerica; perpetuamente el ansia de lo eterno!

Anselmo.—La indignación: ella es el sello de lo divino cuando se aplica al mal. El ansia de lo eterno. Si hay un nuevo diluvio, ella sería la flor de loto en que sobrenadarán los palpitantes gérmenes del porvenir.

Fabricio.—Mas para protestar de las atrocidades de los hombres no hay que subirse al trípode, ni menos al trípode literario. Bien que te laments del mal ajeno; pero sin sacar á la colada las cuevas trogloditas y los antros de los hipogeos, las dudas de la Academia y el orgullo del Pórtico, los haces de los lictores y la espada del Centurión. Donde quiera va siendo la retórica enemiga de la sinceridad.

Anselmo.—Hay que conmover, llamar con guantelete de hierro en las conciencias, abofetear si es preciso el sentimiento público.

Fabricio.—Y de paso lucir el tropo, retorcer el léxico, estirar hasta lo imposible la paradoja. Hablar del añil del espacio y de la pradera extendida como un inmenso liquen, de las cresterías de la lejana sierra y las alicatadas bóvedas de hojarasca; de los ojos del saurio y la piel del ofidio. ¿No es eso?

Anselmo.—No, no es eso... ó, mejor dicho, sí. Se martiriza á los niños, se mata á

criaturas indefensas. ¡Quién tuviera la palabra que esculpe, la frase que subyuga, la imagen que arrebató, la parábola que enciende en los antros de la ignorancia la espléndida antorcha de la idealidad!

Fabricio.—Has de percartarte, además, de que el crimen es cosa harto corriente. La mayor parte de las madres corrompen á sus hijas.

Anselmo.—¡Qué enormidad!

Fabricio.—Lo hacen de una manera ú otra. La turba multa de viudos sexagenarios contrae nuevas nupcias. Da madrastra á sus hijos, los despoja ó los martiriza. Nunca faltan mujeres que se presten á ese indigno papel, ni amigos ó servidores que hagan de *Galeotos* en ese contubernio de la concupiscencia senil y la femenina codicia, á reserva de sacar su parte. La inmensa mayoría de los seres humanos llevan dentro una fiera.

Anselmo.—Pues ¡guerra sin descanso á las fieras! ¡Alcemos de una vez el somatén!

Fabricio.—Cálmate y no lo dudes; hay unas cuantas personas buenas, muy pocas; hay otras muchas malas. Pero la generalidad no es buena ni mala; es... lo que le trae cuenta.

Anselmo.—Entonces, ¿qué sociedad, qué organización son éstas, qué medio asfixiante

es éste en que vivimos, en que trae cuenta arrojar á un recién nacido al sumidero, arrancar del asilo á un niño sin padres, á título de corredor de nodrizas, y, por unas miserables pesetas, dejarle morir de hambre y extenuación? ¿Qué kábilas son éstas, en que puede ser á alguien provechoso arrojar á una adolescente en el cieno del lupanar y pisotear por su misma madre los azahares y anémonas que circundan su frente? ¿En qué cavernas ó cubiles vivimos, donde puede ser cosa corriente aherrojar á los niños, despedazarlos, obligarles á huir desparvoridos por cornisas é impostas, y escuchar sin remordimiento su tierno balbuceo doliente y el estertor de sus agonías gemebundas, sin que los legisladores mediten, los jueces sancionen y los hombres honrados levanten cruzada?

Fabricio.—Cruzadas... no hace falta tanto. Un poco menos de miseria, un mucho más de cultura *et calum terrumque movebo*.

Anselmo.—Sí; cielos y tierra hay que mover. Hay que llamar al corazón de todos, en nombre del progreso, de los sabios, de los sociólogos, de los jurisconsultos, de los políticos.

Fabricio.—¡Los políticos! Sólo comen caminando hacia atrás, como los bueyes lotófagos de Herodoto.

Anselmo.—Si los hombres son lo que quiere el medio, transformemos el medio: hagamos leyes que castiguen su culpa, tribunales que cumplan con su deber, magistrados que no prevariquen, maestros que enseñen, gobiernos que no exploten. Hagámoslo todo; pero no dejemos martirizar y prostituir á los niños. Si hay fieras, á enjaularlas; si todos somos fieras, basta de libertades, y pidamos que venga un domador.

Fabricio.—Te exaltas. Esos hechos que te horripilan son los mismos de siempre. Examina cuidadosamente á aquellos que te parecen impecables, y sorprenderás en alguna ocasión en sus pupilas un destello de odiosa maldad. Registra en el corazón de los mejores, y hallarás un germen de codicia, de corrupción, de crueldad homicida. No son los hombres, son las circunstancias las que tienen la culpa. Hay que borrar del Código la eximente de fuerza irresistible. Todos delinquimos por fuerza irresistible, porque no existe el libre albedrío. La vida es una lucha. ¡Ay de los vencidos! Así lo afirma la ciencia.

Anselmo.—¡Qué ciencia tan triste!

Fabricio.—Tú mismo llevas en tu corazón la ley homicida. Eres hombre.

Anselmo.—No; yo siento que puedo hacer el bien; sacrificarme, si es necesario, por

esos niños mártires, luchar hasta la muerte por esas criaturas sin protección.

Fabricio.—No eres tú; es tu organismo, tu temperamento, tu estado de salud; es la herencia, el medio, el hábito, las cosas que te rodean quienes hablan. Es la Naturaleza quien grita.

Anselmo.—Pues hagamos naturaleza. Y en nombre de esas fuerzas ciegas, en rendimiento á esas leyes crueles, destruyamos; pero destruyamos el mal.

Fabricio.—Vuelves á caer en la declamación. El romanticismo te pierde.

Anselmo.—Seamos, pues, prácticos. Respetemos á esos padres que proceden como sátiros, á esas tigresas que disfrazan las desnudeces de la hetaira con los armiños de la maternidad, á esos viles libertos que ayudan á martirizar á los niños. Pero destruyámoslos con respeto, alegremente, si así lo quieres, al ruido de música y cascabelería. Aplastémosles, porque sí, porque debemos ser los más fuertes, por esa fuerza irresistible que no sirve de salvaguardia al hombre puro y exculpa al criminal.

Fabricio.—Acabaste, por fin, en lo trágico.

Anselmo.—Tragedia ó entremés ¿qué importa? Lo bello: ese es el asunto del arte. Lo bueno: ese es el fundamento de la virtud.

PUDIBUNDECES

Había terminado la lectura de la prensa del día y no podía dominar una profunda sensación de disgusto. Según unos diarios, el liberalismo nos había sumido en la barbarie, la indignación héchonos indignos de aspirar al dictado de seres humanos; según otros, el misonéismo, el odio al progreso era lo que nos mantenía en las lindes del salvajismo. Pero lo indudable era que aquí no había civilización, ni virtud ni cosa que lo valiere. En esto, como consignan los libros de texto, estaban conformes todos los autores.

Era una conclusión apropiada para descorazonar al propio Ricardo I de Plantagenet; ganas entraban de romper todas aquellas hojas que hubieran parecido tanto más amenas con los rezos de los agonizantes. De pronto sonó el timbre de la puerta y, á poco, entró triste y cariacontecido Gustavo.

—¡Tú aquí!—le dije.—¿Cuándo has venido de Bolonia?

—Anteayer, y mañana regreso.

—¿Tan pronto?

—Sí, hijo, sí. No es que esto me desagrade, al contrario; pero en tan breve tiempo me he convencido de que no puedo vivir aquí tranquilo. El medio me es contrario. Apenas he permanecido dos días y no he hecho sino disgustar á todo el mundo.

—¿Y cómo así? Tan afable, tan ilustrado, tan...

—No llares á mi vanidad. Oye y sabrás lo que ha ocurrido.

—Habla.

—He venido á parar á casa de los tíos de Pepe. Creía yo no haber faltado en lo más mínimo ni á principios ni á conveniencias, cuando anoche me llamó Pepe aparte y me dijo:—Chico, siento decírtelo, pero, si sigues el camino que llevas, vas á conseguir hacerte nada menos que odioso.—Pues ¿qué? le contesté, ¿he pecado en algo?—¡Frioleral Comenzaste por quedarte en la cama hasta medio día siendo domingo.—Venía fatigado del viaje.—Sí; pero no presenciaste el divino sacrificio, cosa que, naturalmente, disgustó á todos. Después, cuando saliste con mi tío, desfiló ante vosotros un regimiento, pasó la bandera y

¡nada! seguiste con el sombrero encasquetado como si tal cosa.—No me fijé.—Debiste fijarte. Aquí la patria es lo primero, y la bandera ya sabes que es el símbolo de la patria.

Quedé como avergonzado; pero Pepe siguió más severo que nunca.—Después te permitiste decir que había aquí demasiados templos. Sí que hay muchos.—Pero eso, acompañado de una sonrisa, trasciende á volterianismo. Te quedaste parado viendo pasar á un fraile y no sé qué murmuraste de baño y ropa interior, lo cual es una impertinencia de gusto pésimo; y, por último, con no sé qué motivo, te declaraste partidario del matrimonio civil y de las propagandas *societarias*, ó como sea, de las agrupaciones obreras, con lo cual pusiste digno remate á la serie de tonterías que habías dicho y hecho.

—Perdón, hombre, perdón, le he dicho á Pepe. Ya conoces mi carácter impresionable; yo te ofrezco...—Hay más, ha seguido el sobrino de su tío.—¿Más aún?

—¡Ya lo creo! Por la noche tuvimos reunión y allí sí que llegaste al colmo de la imprevisión y de la impertinencia. Chico, no te enfades, pero estuviste atroz.

Me quedé como quien mira dibujos modernistas.—¿Qué ocurrió? pregunté con

cierto sobresalto.—Una porción de cosas. Dijiste á todo el mundo que adorabas á tu mujer y que eras incapaz de faltarla.—¿También en eso hay culpa?—No es que la haya en el fondo; pero en la forma... figúrate que aquel señor grueso que dormitaba junto á la chimenea está separado de su mujer, y aquel otro flaco y larguirucho que ojeaba el portfollio mata á la suya á palos: no puedes figurarte el gesto que pusieron. Todos aquellos chicos son hombres de mundo y se rieron de tu imbecilidad, sobre que nadie creyó semejante majadería.—Pero, hombre, ¡si es cierto!—Es mentira y ya lo fallaron hace siglos las *Cortes de Amor*.—¡Vaya por las Cortes de Amor!—Rechazaste un cigarro y esto pareció á todos una censura (había incluso dos señoras que fumaban).—Pero ¡si es que yo no tengo esa costumbre!—Pues se pone un pretexto cualquiera, sin hacer aspavientos de continencia.—Y ¿qué más ocurrió?—Hablaste de empleados negligentes, de funcionarios poco escrupulosos, de jueces venales.—Hay muchos.—Por lo mismo que hay muchos, no faltaban allí algunos y esos ¡claro es! se dieron todos por aludidos.

—Veo que no se puede decir lo que se siente.

—Sí, pero sin ofender á los demás. Un

ejemplo: te preguntaron en qué te ocupabas y dijiste que tenías dos borlas por premio extraordinario.

—Buen trabajo me ha costado ganarlas.

—Sí, ¡pero fué ostentación necia y vanagloria cursi! Y á aquellos señores, muchos de los cuales no han pisado las aulas, sin faltar alguno que no sabe leer de corrido, les paseaste por la cara dos borlas, cosa que parecería inusitada al mismo barbero.

—¿He de arrepentirme de haber estudiado?

—Cuando lo exigen las circunstancias, sí. Y, si no, que lo diga el señor Sandiéguez, al cual increpaste con dureza.

—Porque dijo que quien no robaba era porque no podía.

—Lo dijo porque eso es muy humano.

—Es que yo no robo.

—Pues calla y no ofendas á los demás que tengan la humorada de hacerlo. Finalmente, te despediste diciendo que tenías que madrugar para bañarte, y así en cuanto saliste, no faltó quien dijera: «Ese trastuelo se figura que los demás no vamos una vez al año á remojar la piel de la familia.»

La ira me ahogaba y desbordaba en mi corazón.—¿Sabes lo que te digo? he increpado á Pepe.—¿Qué?—Que sois adoradores del símbolo, fariseos de la forma huera,

de la rutina y de la falsedad; que no toleráis el menor desacato á las vanas fórmulas y rituales, en cuya eficacia tal vez ninguno creáis; pero, en cambio, despreciáis la virtud, la verdad, la belleza eterna. ¡Desdichado el país aquel en que no es lícito poner en duda el menor de los convencionalismos groseros, y en cambio no se puede decir, sin ser objeto de mofa, que no se frecuenta las mancebías!

Mi amigo Pepe es implacable.—Hijo mío, me ha dicho: en la sociedad de los hombres todo es convencional. En público hay que decir y hacer una cosa y en privado otra muy distinta. Y, sobre todo, hay que *llevar la corriente*. En un círculo donde todo el mundo blasfema, la continencia en las palabras es un insulto. En un grupo de hombres que frecuentan garitos y burdeles, es una insensatez recordar el hogar y la mujer propia. El respeto...—¡La hipocresía dirás, he gritado lleno de furor; la hipocresía del mal, la adulación al vicio, el servilismo de la mentira!

Y ahora mismo me marchó. Me marchó á donde no tenga que transigir con mentiras convencionales, con respetos á cosas que no me inspiran sino desdén; donde pueda no descubrirme ante símbolos que usurpan su representación á las ideas y me

sea dado decir en alta voz que quiero á mi mujer y á mis hijos, que tengo dos borlas de doctor, que no robo ni engaño, ni frecuento los lupanares. ¿Qué te parece?

—¿Qué me ha de parecer? he dicho. ¡Anda con Dios, hijo; anda con Dios. Tienes razón que te sobra!

DOS HOMBRES

Hay que suponer que el hecho no es cierto; que la prensa ha sido mal informada; que ha habido error en la narración de lo ocurrido. Sería demasiado vergonzoso para la especie, saber que hay una mujer en la cárcel, atacada de vómitos de sangre, moribunda, á la cual se ha traído desde Málaga á pie, negándosele el pase al hospital, todo por el solo delito de haber pedido auxilio á las autoridades para que la sacaran del lupanar á que la llevó su desgracia y en que la retenía su miseria.

¿Cómo cayó? Ni aun lo sabe ella misma. Nacida en un medio de pobreza y de supina ignorancia, se vió abandonada á sus propios instintos. Jamás una voz educadora llegó á sus oídos; nunca una mano amiga la contuvo en la senda en que la precipitaba su suerte. No tenía una madre que alisar sus trenzas, calentara aquella cabeza

con sus besos y sus máximas de virtud; no tenía una amiga que le diera el ejemplo, ni un libro que le suministrara la enseñanza. En estas condiciones la sorprendió aquel hombre, arrogante, decidor, con la mirada que fascina y la decisión que subyuga. Curtido en la maldad, refinado en la hipocresía, supo observar en las vacilaciones, aprovechar las horas en que la voz del futuro que llama en los umbrales del presente, repercutía en las concavidades de aquel cerebro virgen y palpitaba en las venas henchidas de aquel organismo vigoroso. El Ángel de la Guarda dormía con la frente escondida en su túnica. Y la infeliz siguió á su ciego instinto. Cuando quiso reflexionar, de sus ojos rodaba una lágrima, y en los labios del miserable se dibujaba el rictus de Satán.

Y aquel Don Juan sin gallardía, aquel Montemar sin grandeza, despedazado por sus vicios como Acteón por sus perros, sintió en seguida el desabrimiento del hastío, el enojo de la brutalidad satisfecha. ¿Qué sabía él de los infinitos tesoros, siempre inagotables y siempre nuevos, que toda mujer, aun la más indiscreta y deforme, guarda para quien sabe buscarlos en lo más escondido de su corazón? ¿Cómo podía él levantar esos pliegues, tras los cuales mues-

tra la mujer siempre un aspecto nuevo como una realidad cambiante y eterna, como un prisma de infinitas aristas que no pide sino un rayo de luz para descomponerla en matizados y luminosos destellos?

La abandonó. Para su pasión de irracional era bastante un momentáneo espasmo. Y la dejó perdida, sin recursos, afrentada, hundida en el cieno, vendida acaso y arrojada con asco como carne de lupanar.

Allí comenzó la miseria, la explotación vil y sin entrañas; la lucha con la fuerza brutal que sepulta en el fango, y el pudor que protesta indignado. La necesidad de vivir, de entregar el estipendio sin el cual se es martirizada, y de rechazar al mismo tiempo con asco las caricias impuras del ebrio, del enfermo ó del advenecido. Y ante todo, el ansia, el deseo febril de encontrar á aquel hombre que pasará su fácil y efímero triunfo con el contoneo de la impudicia, y escupirle en la frente, bajo la cual debiera arder la inteligencia, y se consume sólo la imbécil inconsciencia de la corrupción.

Un día, cuando aquella asfixiante atmósfera la ahoga, cuando desea acabar ya de cualquier manera con aquella existencia infame, la infeliz huye y se acoge á la protección de un representante de la ley. La

ley debe ser justa. Ella no la conoce, pero sabe que es la voz de un Dios en la zarza en que serpea el fuego; el eco de la verdad en un Sinaí sobre cuya cumbre deslumbra el rayo; el lamento dolorido de un Dios hombre que llama á su lado á la arrepentida pecadora y sonríe á los humildes suspendido en la cruz. Y se acoge á la ley. Fuera de aquel medroso y obscuro antro en que ella ha vivido hay una sociedad que legisla y una fuerza puesta al servicio de los desvalidos. Allí está: de rodillas, invocando la ley, pidiendo una dracma de misericordia, elevando sus brazos descarnados al cielo en demanda de un último refugio en que respirar sin bochorno y morir con esperanza de redención.

El representante de la ley es otro hombre gallardo, altivo, deslumbrador, bajo su uniforme de paño irreprochable galoneado de oro. Su cabello, rizado con esmero, deja penetrar blandamente á sus dedos blancos y llenos de sortijas. No mira, no escucha, hace un gesto de desdén y se retira. Pero hay que hacer un ejemplar escarmiento para que otras mujeres *no se escapen de donde están recluidas*, y aquel día sale de Málaga la desdichada hacia la capital del reino, custodiada y por *tránsitos* de la guardia civil.

Unida á otras dos miserables, cuya historia es la misma, comienza su calvario de *veintiún* días. Las parejas van relevándose y las jornadas se hacen interminables. Suponiendo piadosos á todos los guardias, acostumbrados á conducir asesinos, la vergüenza de aquella odisea, el cansancio de aquella marcha, el dolor de aquella inmensa caída, la hacen arrojarse para morir en el polvo de la carretera, de donde la levanta su conductor implacable, tal vez á culatazos. Y llega, al fin, cubierta de andrajos, de sudor y de sangre, muerta de dolor y de fatiga, al tablado de la reclusión, pidiendo en vano un lecho en que morir, un cobertor para cubrir sus carnes demacradas y un crucifijo que llevar á sus lívidos labios.

No debe, no, ser cierta tanta infamia; y si lo es, ¿qué hace á estas horas el burlador primero lleno de vanagloria y de audacia? ¿En qué piensa el otro causante de tal desdicha bajo su uniforme de paño galoneado de oro? ¿Es que ya no se escucha la voz de Dios? ¿Es que ya se ha borrado del todo el sentimiento de la justicia?

Dos hombres llenos de juventud, de fuerza, de belleza, de vanagloria, han aplastado á esa débil mujer, lo mismo que á sus dos compañeras. El primero, el que la atrajo con el señuelo de un amor fingido, el que

la precipitó en la prostitución, el que la abandonó en la desesperación y en la miseria, no es un hombre digno.

Pero el otro, el que dispuso ese tormento infinito, el que desoyó la voz de la Naturaleza para arrastrar por los caminos á esas mujeres hambrientas y desfallecidas, acaso martirizadas á golpes y denostadas á injurias, no es un caballero.

Hay que decirlo aquí, en el hogar apacible y tranquilo, contemplando á la maga que sabe idealizarlo; palpando con afán las cabecitas rubias de esos niños que no destrozarán el corazón de ninguna mujer, ni menos la arrastrarán por el polvo.

¿Verdad que no, hijos míos? ¿Verdad que no?

LAS CASAS VIEJAS

Madrid está lleno de escombros. Por todas partes halla el transeunte vallas, andamios, tejados á medio desarmar, huecos sin hojas ni vidriería, á través de los cuales se vislumbran los maderos de piso carcomidos y negros, los tabiques desvencijados, ornados con su última vestidura de papel policromo lleno de desgarrones. Desde la calle se ven los ahumados techos, por entre cuyas grietas penetra descarada la luz. Ha caído el murallón medianero y aparecen á la vergüenza las habitaciones sombrías, como temerosas de mostrar sus reconditeces. Aquello fué la sala, todavía ceremoniosa y austera, mostrando en sus lienzos grandes rectángulos que señalan el sitio en que fueron colgados los cuadros de familia; más allá el gabinete, azul ó rosa, que parece una jaula vacía y que fué un tiempo caja sonora de tiernas risas y charloteos. En aque-